

AGRESIVIDAD ¿INFANTIL? Y PSICOMOTRICIDAD

Comunicación presentada en el Congreso de Madrid Diciembre-98 por:
Susana Fumis

“La cosa está en que un día haya tiempo para todo: para hablarnos sin apuros, para compartir rocíos, para ser fin de semana como si vivir fuera tiempo libre, espacio para estar”.

SILVIO RODRÍGUEZ

“La agresión es para el niño el medio de significarnos su rechazo; tiene el sentido de una llamada para ser oído, escuchado, reconocido, amado, para obtener un mejor ser y estar existencial: en el fondo, se trata de una llamada a la comunicación”

BERNARD AUCOUTURIER

I- A MANERA DE PUNTO DE PARTIDA...

En los tiempos que corren, el tiempo que nos toca vivir, el tema que nos convoca, AGRESIVIDAD (y con mayúsculas), en su sentido más general y en sus particularidades y en sus especificaciones, nos preocupa, no solo a los profesionales de la educación, sino a todo o cualquier individuo que se detenga a mirar y reflexionar sobre el acontecer diario. El tema a investigar, a desarrollar resultaría extensísimo por tanto plantearemos nuestro parcelamiento reconociendo la dificultad que esto podría conllevar si partimos de entender el problema (más adelante aclararemos por qué lo conceptualizamos como problema) como de un engranaje más social, en espiral continuo con múltiples interacciones, matices, fases, cambios, necesidades, influencias, y alternativas.

Al borde del año 2000, y desde no hace tanto años haciendo una mirada retrospectiva, en los centros de atención a la infancia nos hemos ido encontrando con la presencia de niños cada vez más pequeños; hoy las plazas para bebés desde los 3 meses de vida (y en algunos casos de 45 días) se cubren a ritmos vertiginosos y las vacantes que se van produciendo por los pasajes, debido a la edad del niño al grupo cronológico superior, están cubiertas ya con bastante antelación. Es decir que tenemos niños cada vez más pequeños en nuestros centros. Y esa es hoy la demanda de la sociedad actual. Demanda en cuanto a necesidad pero necesidad en cierto modo discutible, necesidad en cierto modo creada. Necesidad en íntima relación con una escala de valores, que si bien es individual, diferente y particular para cada familia responde en líneas generales a un modelo de sociedad actual demasiado distinto al de hace décadas. Con lo que estamos expresando no queremos categorizar que todo tiempo pasado fue mejor ni mucho menos, solo vamos exponiendo “sobre la mesa” nuestras reflexiones, nuestros pensamientos, que intentan estar lo más desnudos posibles, lo más transparentes posibles, para que transmitan, para que comuniquen nuestra línea de análisis.

Retomando, que nuestros Centros de Educación Infantil estén hoy poblados de bebés y niños de primera infancia, niños pequeños, los más pequeños no implica que nuestro trabajo sea menor sino por el contrario, es mayor, tenemos una mayor responsabilidad, nuestros errores pueden ser muy grandes, ¿y por qué? Pues, justamente porque todo lo que estas personitas de 0-3 años reciban hoy, sentarán las bases de las personas que serán mañana.

Conocer la evolutiva es fundamental, pero no basta (además cada vez se hace necesario un cambio de ésta a nivel de “ajuste” a la realidad de hoy), también nos tenemos que conocer a nosotros mismos, con todo lo que somos (a modo de autoreflexión: nuestras alegrías, nuestras frustraciones, nuestras limitaciones, nuestros sentimientos, nuestras emociones, nuestros miedos, nuestro carácter,...)

Retomemos aún más, cambio de valores sociales, demanda social actual, necesidad creada, niños pequeños escolarizados desde bebés, mayor responsabilidad para los profesionales de los Centros Infantiles, mayor grado de complejidad en nuestra tarea educativa: entendida como proceso de aprendizaje donde el “estar” hace de por sí que nos involucremos, lo queramos o no, lo hayamos pensado o no. Este no es un trabajo comparable a otro, o más bien, es difícil de comparar. Mantenemos formas similares como pueden ser cumplir un horario, tratar de hacerlo lo mejor posible, recibir una remuneración por ello, etc., pero todo ello en cuanto a formas, ahora bien, si hablamos de fondo nos estaremos involucrando, y allí encontraremos las diferencias. Más nos involucramos que más pequeño es nuestro saber y más nos interesamos por todas las disciplinas que en mayor o menor medida convergen con la educación. Es entonces donde nuestro interés pasa por la psicología, la salud, la sanidad, el arte, la sociología,... Pero es también entonces donde tenemos que hacer consciente que si nos sentimos involucrados, sobre todo y prioritariamente en la interacción entre nosotros, profesionales de la educación infantil, y los padres y los niños y el entorno, estaremos **IMPLICADOS**, y la implicación hará que el proceso educativo sea un aprendizaje sin límites para nosotros, que nos enriquecerá y nos hará crecer.

“La educación tal como nosotros la concebimos, no es una serie de aprendizajes definitivos, sino una búsqueda permanente sobre temas que se encadenan espontáneamente unos a otros. Búsqueda en la que jamás nada se termina, en donde todo puede ser revisado, en donde cada obra, cada estructura construida sigue siendo proyecto, susceptible de ser modificado, creado de nuevo. Búsqueda en la que el error es considerado como una etapa a menudo necesaria de la evolución y por lo tanto desculpabilizado”¹

Y es a partir de dicha concepción donde en la implicación nace el vínculo como “estructura dinámica en continuo movimiento donde la calidad de la relación y de la comunicación afectiva es determinante”.² Dice Enrique Pichón-Rivière: El vínculo es siempre un vínculo social, aunque sea con una persona; a través de esa persona se repite una historia de vínculos determinados en un tiempo y en espacios determinados”.³

Hasta aquí, a grosso modo queda planteada una de nuestras líneas de análisis que va desde el educador, con su implicación en el proceso educativo, con su conocimiento de sí mismo, con su conocimiento del niño, su interacción con éste y el entorno familiar y social o viceversa. A partir de esta línea podemos ir haciendo el recorte para tratar el tema que nos preocupa: la agresividad. Porque reflexionaremos sobre las manifestaciones agresivas en nuestros Centros de Educación infantil que a pesar, como decíamos anteriormente, de estar poblados con niños de corta edad se hace sumamente necesario contar con otras, quizás podríamos llamar nuevas, formas de abordaje.

¹ A. Lapierre y B. Aucouturier del libro “Simbología del movimiento”

² Afirmación que fue expresada a manera de objetivo a conseguir en un trabajo de intervención psicomotriz en educación infantil, de nuestra autoría.

³ E. Pichón-Rivière del libro “Teoría del vínculo”

A diario nos enfrentamos con este problema, problema en tanto nos coloca en el importante lugar de tener que resolverlo (no siempre como mejor quisiéramos) para en principio que la agresividad no se transforme en agresión (por ejemplo que un niño haga daño a otro) pero la cuestión radica en él por qué de esas manifestaciones agresivas, en él por qué de esas explosiones, esos estallidos, esas rabias y en lo que todo esto día a día como una constante produce en nosotros y repercute en nuestro trabajo con los niños. Nos ayudará en la resolución encontrar unas buenas vías de canalización que sean lo más adecuadas posibles, lo más aceptadas posibles pero para ello tendremos que reflexionar sobre las situaciones conflictivas cotidianas ante todo observándolas detenidamente (pudiendo tomar cierta distancia), analizando qué pasa con nosotros, qué nos provoca, que emociones o sentimientos nos despiertan esas situaciones agresivas o ese niño “agresivo”, intentando no conceptualizar el término sino comprenderlo para luego poder aceptarlo y más tarde ayudar a “modificarlo”, es decir canalizarlo. Pero abramos otro apartado para la discusión de esta problemática.

II- ¿QUÉ ENTENDEMOS POR AGRESIVIDAD?

Dice Eduardo Galeano: “Uno se asoma a las estadísticas internacionales y se pregunta: Pero, ¿en qué mundo vivimos? ¿Un manicomio gigante? ¿Un matadero? ¿Quién ha escrito esta obra que estamos obligados a representar? ¿Qué loco o eufórico verdugo? ¿Mentía la historia cuando prometía paz y progreso? Diez mil personas mueren de hambre cada día pero cada día gasta el mundo más de mil millones de dólares en ejércitos y armamentos. El cortejo de las cifras militares con los datos de analfabetismo, enfermedad y atraso produce estremecimientos de espanto si se piensa que con el costo de un tanque se podrían equipar quinientas aulas escolares, que un caza a reacción equivale a cuarenta mil farmacias y que con lo que cuesta un destructor se podría proporcionar electricidad a nueve millones de personas. Aunque las armas durmieran y no fueran disparadas jamás, de todos modos estarían devorando los recursos de la economía mundial. Y por cierto que sí se disparan. No contra el hambre: contra los hambrientos”.⁴

Esto es agresividad, sin duda estas palabras muestran, más allá de intereses políticos, de posturas ideológicas, una intensión contundente de agredir, una agresión real y constante. Si no miremos, aunque más no sea de costado, al “Tercer Mundo”. Esta agresividad, es a veces violencia y siempre produce agresión. Agresión no solo en términos de muerte, sino también de represión, de autoritarismo, de miedo, de humillación, de silencio (silenciar el grito desgarrador).

Pero nos vamos muy lejos. Recortemos. Retomemos. Busquemos otra de nuestras líneas de análisis. Y relacionando este párrafo de Galeano podríamos citar una frase de André Lapierre “La agresividad es el cemento de las sociedades humanas.”⁵ Afirmamos que lo expresado por el periodista y escritor uruguayo es una agresividad mala, real y cierta, perjudicial y destructiva pero la que intentamos analizar en este trabajo, con la que nos topamos a diario en nuestros centros, tiene otro matiz, es otro tema. No tan complejo y no menos complejo. Aunque resulte una paradoja. Es la complejidad en la que nos encontramos inmersos los profesionales de la Educación Infantil. Es la problemática cotidiana de nuestras escuelas que va moldeando, tiñendo y estructurando las relaciones de los niños entre sí,

⁴ Eduardo Galeano de su obra “Nosotros decimos no”

⁵ André Lapierre del libro “Psicoanálisis y análisis corporal de la relación”

nuestras con ellos, de los niños con sus padres, nuestras con ellos, de la familia con el medio sociocultural y nuestra con ese medio.

La agresividad de la que hablamos no es ni buena, ni mala. Es. Y como tal expresa y manifiesta un ser y estar en el mundo. Es una necesidad de ser reconocidos. Reconocidos como sujetos, como personas. Por el otro, por los demás. Es energía, energía vital que todos, niños y adultos tenemos dentro y que expandimos hacia fuera. Y de nuevo toma presencia esa espiral dialéctica y vincular a que hacíamos referencia al inicio.

André y Anne Lapierre sitúan la agresividad como una pulsión de vida (en oposición total a los postulados freudianos): “Lucha y competición hacen parte de la vida, individual y social. No debe ser culpabilizada y reprimida en el inconsciente, sino asumida y dominada por el yo consciente, para orientarla hacia inversiones positivas y constructivas, en vez de hacia la destrucción y la violencia.”⁶

Entender la agresividad como pulsión de vida, como expresión de movimiento es el camino para aceptar la afirmación del niño como persona, de aceptar su manera de ser, su deseo de ser, de existir. El encontrar las salidas, las desviaciones socialmente aceptables para las manifestaciones agresivas es un tema que abordaremos más adelante. Dicen Lapierre y Aucouturier: “La agresividad es la resultante de un conflicto entre el deseo de afirmación por la acción y los obstáculos y vetos que encuentra dicha afirmación.”⁷ De esta frase se desprenden tres puntas de análisis: la agresividad como un resultado, el movimiento como afirmación del deseo de ser y las limitaciones y prohibiciones (lo instituido socialmente). Y ¿qué sucede cuando lo prohibido se interioriza? (en ocasiones llevándose a un plano inconsciente). Pues que quizá mediante una actitud agresiva, desobedecer, transgredir se superen modos de actuar que ponen en peligro el desarrollo armonioso del crecimiento del niño. Hablamos de inhibiciones, miedos, angustias, rabias, que acumuladas, guardadas, escondidas, reprimidas obstaculizan la evolución del sujeto. Hablamos de las posibles consecuencias. Hablamos de los escapes sintomáticos que evidencian que algo no está funcionando bien. Hablamos de inhibiciones que dañan, perjudican seriamente la autoestima del niño, que le cuesta relacionarse, que le cuesta comunicarse; hablamos de ciertas alteraciones a nivel de comunicación, de alimentación, de sueño, de lenguaje; hablamos de niños que se autoagreden; hablamos de dispersión de atención;...

El reprimir las manifestaciones agresivas, el intentar mantener (para no perder) el control de la situación, solo contribuirá a crear síntomas de los más variados, además de consolidar la agresividad, de robustecerla, en el interior del sujeto de intensificarla para que cuando la exteriorice, como explosión, como estallido sea todavía más fuerte.

Por tanto la agresividad entendida dentro de esta concepción dista bastante (cuando no se contraponen) al significado que le da la psicología y hasta el mismo psicoanálisis. Y no se trata tampoco de la búsqueda en el diccionario de la significación del término. No podríamos comprenderla, aceptarla, desculpabilizarla, asumirla, simbolizarla y canalizarla sino es desde esta connotación que estamos planteando: como una energía que todos llevamos dentro, que nos hace actuar, movernos para ser vistos, escuchados aceptados, reconocidos por los otros. Agresividad como necesidad de ser reconocidos.

⁶ A.A Lapierre, “El adulto frente al niño de 0 a 3 años”

⁷ A. Lapierre, B. Aucouturier, “Simbología del movimiento”

Energía que nos relaciona, aunque a veces mal, con brusquedad, a golpes, a gritos, con los demás.

III- HIPÓTESIS:

Conociendo desde dónde partimos y qué entendemos por agresividad, nuestra Hipótesis de trabajo es la siguiente:

- Demostrar que con la educación psicomotriz encontramos los medios de canalización y aceptación social de la agresividad “infantil” que en realidad se deposita y se regenera en los niños pero que es la consecuencia de la agresividad del adulto, del entorno social que a su vez la provoca y reprime.

IV- OBJETIVOS GENERALES:

- Entender la agresividad como pulsión de vida, como energía de movimiento.
- Comprender la relación entre agresividad y tensiones cotidianas.
- Tomar conciencia de nuestra propia agresividad para entender la de los niños.
- Conocer formas para abordar la agresividad.
- Acercar a los profesionales de la Educación Infantil a la Psicomotricidad Relacional.

V- ¿NIÑOS AGREDIDOS O NIÑOS AGRESIVOS?

a- *Fases y formas de manifestarse la agresividad:*

“La agresividad es un modo de relación con el otro, una comunicación”

*Lapierre y Aucouturier*⁸

Es la manera más natural de relacionarse con el otro, de darse a conocer al mundo. El niño actúa, se mueve en su deseo de ser reconocido, aceptado y por tanto su acción con su cuerpo la despliega con y sobre los otros, con y sobre los objetos, en y sobre un espacio. Pero es en ese espacio donde encontrará, de parte de los otros y de los objetos, distintos niveles de limitaciones, de restricciones. ¿Y qué hace el niño para superar estas limitaciones? Pues, reacciona agresivamente en oposición a lo que traba, a lo que obstaculiza su deseo de afirmación. Es la fase de la agresividad primaria. “Toda vida es necesariamente agresiva en la medida en que se opone a otras vidas a las cuales debe disputar su espacio y sus medios de existencia”.⁹ Por ello, los adultos debemos saber aceptarla, para comprenderla, aceptarla y no reprimirla sino que fluya en determinado contexto (que expondremos detalladamente en el Capítulo VI) para ser desculpabilizada mediante la simbolización.

⁸ A. Lapierre, B. Aucouturier, “Simbología del movimiento”

⁹ Idem anterior.

Constantemente el niño va midiendo sus límites a nivel del hacer, del pensar o del deseo. Y natural y cotidianamente se enfrentará con limitaciones, prohibiciones, resistencias y todo ello conllevará un registro, conformará una matriz de aprendizaje Myrtha Chokler en una de sus obras ¹⁰ cita a Ana Quiroga¹¹ y expresa que “... en cada experiencia, en cada contacto del sujeto con el mundo, en cada exploración de la realidad, se produce un aprendizaje explícito que se condensa y se objetiva en un contenido, en la incorporación de una información, en el desarrollo de una habilidad, en la internalización de una norma o en la utilización de un código de comunicación...

Pero cada uno de estos aprendizajes explícitos se realiza en una situación global, en un contexto, en una secuencia, con un clima emocional, relacional, y afectivo al que ese aprendizaje queda ligado, dejando huellas e inscribiéndose en nosotros, instaurando o afianzando una modalidad particular de captar, tomar, descartar, calificar, asociar y descalificar nuestras percepciones, sentimientos, acciones es decir, una modalidad particular de seleccionar, organizar, valorizar y simbolizar nuestras experiencias”. Y esta forma, este modo individual de cada sujeto conforma un modelo, interno y propio, de aprender. Conformando una matriz de aprendizaje.

En esa experiencia, en esa apropiación del conocimiento, en esos sucesivos encuentros con las limitaciones, el niño podrá reaccionar con una agresividad destructora, por no poder aún aceptar la frustración, aceptar el fracaso de que las cosas no le “salgan” como lo preveía, como lo pensaba, como lo idealizaba. Entonces el niño se revelará, destruirá, pero será una fase necesaria para la construcción, para la permanencia en una tarea, para aprender a ser paciente, para comprender que en ocasiones solo la perseverancia hará que logremos nuestros deseos o al menos nos mantendrá en el intento.

El lugar que en ese momento ocupe el adulto, el lugar en el que se sitúa el rol del adulto, será fundamental para la manera de actuar del niño, para la modalidad que adopte en la resolución de las situaciones, para la seguridad y confianza que vaya adquiriendo de sí mismo, para la construcción de su personalidad. A partir del lugar y accionar del adulto habrá niños que adoptan una actitud totalmente pasiva, dependiendo totalmente del adulto, niños que adoptan una actitud de confrontación permanente, incapaces de escuchar cualquier sugerencia, niños culpables, moralmente malos, por no “encuadrar” dentro del deseo del adulto, lo cual los lleva a sentirse de diversas maneras: rechazados, no aceptados, no queridos, anulados, desinteresados, tristes,...

Encontramos a diario diversas manifestaciones de la agresividad habiendo niños que producen una acción sobre los otros niños (o adultos), de los objetos, el espacio todo, violenta o muy violenta. Niños que pareciera que están en cuatro sitios a la vez, de los que comúnmente se dice “no paran”, que se comportan como animalillos salvajes, en tanto y en cuanto no respetan ninguna norma, tiran los juguetes, los materiales, los destruyen, se tiran al suelo, dan patadas, pegan, tiran del pelo, muerden a la menor ocasión. Otros que antes de llegar a la agresión en sí, con su cuerpo, con sus gestos, con su voz, anticipan la acción, niños que se ponen rojos de rabia antes de estallar, que chillan amenazando, que se les desorbitan los ojos,

¹⁰ M. Chokler, “Los organizadores del desarrollo psicomotor”

¹¹ A. Quiroga, en “Matrices de Aprendizaje. Constitución del sujeto en el proceso de conocimiento”, esboza la teoría de un modelo interno primario desde el cual se va estructurando el proceso de aprender, de apropiarse de la realidad y del conocimiento.

que rigidizan su cintura escapular y brazos, que aprietan fuertemente los puños. Niños que con toda esta gesticulación dan la apariencia de ir montando en cólera.

Y por el contrario, también la agresividad puede manifestarse dentro del propio niño, bloqueada, sin poder ser expresada al exterior, inhibida, pero latente. Cuando nos encontramos ante un niño inhibido es erróneo pensar que no es agresivo, y peor aún expresar “es tan bueno, tan tranquilo” evidenciando un juicio de valor que no permitirá al niño liberar sus sentimientos, sus deseos, por miedo a dejar de ser aceptado y querido por el adulto, por miedo a pasar a ser “malo” y no merecer ya el reconocimiento del adulto. Un niño que permanentemente inhibe su agresividad en el momento que, creadas las condiciones, pueda expresarla, liberarla podría hacerlo violenta, explosivamente. Es el caso de los niños que se sitúan en un rincón, apoyados a la pared, que miran de reojo lo que sucede a su alrededor, que permanecen en un mundo interior, que prácticamente no sonríen, que hablan poco o nada (en el caso de ya tener adquirido el lenguaje oral), son niños que suelen aferrarse más tiempo al objeto de apego, que esquivan permanentemente la mirada del adulto.

Pero si lo planteado en este último párrafo llega a nivel extremo, donde no hay en absoluto participación en lo que sucede fuera de sí mismo, se dan los casos de autoagresión. Donde la comunicación se encuentra fuertemente alterada dado un trastorno serio en su proceso de identidad, una desorganización en la construcción de su personalidad. Pero tened en cuenta, que estamos hablando de casos patológicos, no muy frecuentes en los Centros. Estas autoagresiones provocan un daño real, heridas, dolor. Con lo que solemos encontrarnos habitualmente en nuestras Escuelas Infantiles son con rabietas tan fuertes, caprichos tan encolerizados que hacen que el niño al no poder aceptar la norma, la frustración, la limitación, por ejemplo se dé con la cabeza contra la pared o contra el suelo, que si bien es una agresión hacia sí mismo, por sobre todo es una llamada de atención, es un grito de “aquí estoy”, es un pedido de ayuda por existir un poco mejor.

Por tanto, la agresividad, en un primer momento, es una reacción a las diversas frustraciones necesarias que genera el entorno, la realidad, el mundo en que ese sujeto quiere afirmarse y ser reconocido.

Más tarde, la agresividad en todas sus manifestaciones, es invadida por un sentimiento de culpa. Donde el deseo del adulto, las prohibiciones que marca cobran un carácter preponderante. La palabra también hace su juego, los “no” prohibitivos reprimen, momentáneamente una acción, pero por sobre todo impiden un escape hacia fuera. Y del abuso de los “no” prohibitivos se deberá en parte la explosión violenta de la agresividad en otros momentos. Destacamos también que en ocasiones no hace tanto el “no” como el tono de voz elevado con que se lo dice, como la mirada dura que acompaña la palabra, como el gesto autoritario que lo enmarca.

Conociendo las fases naturales (y necesarias) por las que atraviesa la agresividad comprenderemos y ayudaremos mejor al niño. Entonces, hay una etapa primera, anterior a la agresión hacia el adulto, que va desde bebé hasta el año y medio, aproximadamente, que es la agresión de posesión. Fase posesiva donde el niño se opone al otro por poseer lo que le interesa, sea el adulto, sea un objeto. Los celos se manifiestan en esta fase muy fuertemente. Luego, hacia los dos años la agresión se ejerce ya contra el adulto. Y coincidiendo con la “fase anal” freudiana, aparece la “pulsión de dominio”, caracterizada por el deseo de destruir todo lo que se opone a su poder de dominación del entorno, a su deseo de dominar el mundo.

b- Agresividad en el ámbito social:

“La acción siempre está involucrada en una relación con el mundo”

M. Basquín¹²

La agresividad a través de sus distintas fases es la respuesta con la que el niño se opone y rechaza el entorno y los valores sociales.

Es este medio el que le pone obstáculos a su deseo de ser, a su necesidad de explorar, de investigar, de descubrir, de manipular, de experimentar. Todo es nuevo, muchísimas cosas llaman la atención del niño, pero las limitaciones, las prohibiciones, el peligro (aunque ante éstos sí es necesario que actuemos contundentemente en un primer momento y lo expliquemos luego tranquilamente) frenan el movimiento natural y espontáneo del niño. ¿Acaso que un niño esté quieto, permanezca quieto, no se mueva o se mueva poco, que estemos constantemente invitándole a moverse es sinónimo de normalidad? ¿Acaso no es lo contrario? Pues entonces si el niño en sí es movimiento y el movimiento se manifiesta a veces, y naturalmente, con agresividad, tendremos que encontrar las vías de canalizarlo, desviarlo simbólicamente, para que pueda ser aceptado socialmente.

Pero reflexionemos un poco sobre lo cotidiano, sobre la vida que llevamos, sobre la rutina diaria.

La sociedad y sus modelos moldean el deber ser, y en última instancia el ser. No es lo mismo, a nivel de acción, de expresión corporal, a nivel de desarrollo del pensamiento, de valores, un niño de capas sociales bajas, marginales, a un niño de clase social alta, o un niño de gran ciudad a un niño de pueblo pequeño, a un niño de campo. Los ritmos sociales son distintos. Son otros. Los valores, ni hablar. Las aspiraciones, las metas, los proyectos en sí de cada familia según su contexto social, cultural, geográfico, político, económico, tienen tanto de estructurante como de diferencia. Nuestra psique se va determinando, condicionada por las influencias de ese entorno social.

El tiempo, el espacio, las relaciones que establezcamos con el mundo que nos rodea no son las mismas para todos. Pero sí, son determinantes para todos y cada uno. Dicen L. Rubio y J. Richard¹³ : “Espacio y tiempo son factores que condicionan fundamentalmente la plasticidad psíquica”.

El niño está ávido de descubrir, explorar, investigar ese espacio cada vez más grande que le circunda, así mismo encuentra cada vez más limitaciones a su accionar, más prohibiciones, ¿qué va pasando entonces con la percepción de ese espacio?, ¿cómo lo va viviendo e interiorizando?, ¿cómo puede conocer ese espacio, accionar en él?, ¿con qué tiempo cuenta?, ¿tiempo suyo, tiempo de los adultos, del entorno?. El despliegue de una acción implica un proceso en el tiempo, cierta duración desde el inicio hasta el fin. Una acción conlleva (y necesita) una continuidad en el tiempo la que permitirá al niño ir desarrollando su esquema de pensamiento.

¹² M. Basquín, Capítulo 1 “Psicomotricidad y su soporte” del libro “Terapia Psicomotriz” de J. Richard y Lina Rubio.

¹³ J. Richard y L. Rubio, “Terapia Psicomotriz”

El tiempo es un factor extremadamente condicionante en la vida diaria (parcelando los entornos planteados anteriormente y situándonos en la vida de ciudad). Nunca tenemos tiempo. No nos alcanza el tiempo, siempre el tiempo nos alcanza y nos deja atrás. No nos movemos con él, nos movemos contra él. Es como una carrera, una maratón sin fin. ¿Adónde iremos tan deprisa?. ¿Se tratará de llegar primero?. Podríamos plantearnos innumerables interrogantes al respecto, pero lo que nos interesa es que estas preguntas nos conduzcan a dilucidar la problemática central: el tema radica en el modelo social que perseguimos, tras el cual vamos. No se trata de la utopía de detener el mundo, de producir cambios exponiendo recetas mágicas. Solo se trata de reflexionar sobre lo cotidiano, el día a día. Nuestros días. ¿Acaso tanta prisa no nos carga tensionalmente?. ¿No lo notamos?. ¿Nuestra disponibilidad es la misma con prisas que sin ellas?. ¿Nunca expresamos esa carga de tensiones? ¿Y cómo la expresamos?. ¿Cómo la expresan los niños?. ¿Y el vecino, el frutero, el funcionario?. ¿Cuáles son las diferencias (si es que las hay)?.

La agresividad se manifiesta a nivel social todos los días. De mejor o peor manera. Más o menos aceptada. Y en peores casos hay castigos sociales duros y no por ello siempre acertados o justos. La agresividad sale fuera de nosotros. Siempre sale. Antes o después. Produciendo en ocasiones agresiones más explosivas o menos explosivas, más violentas o menos violentas a las que el otro, los otros responden con su propia agresividad en igual o mayor medida.

Si descubrimos nuestra propia agresividad¹⁴, si la reconocemos, si la analizamos, la desmenuzamos seguramente la desculpabilizaríamos.

Encontraríamos mil razones que justifiquen sus manifestaciones. No importa si fueran ciertas o no, justas o no. Lo importante es que serían nuestras razones, serían el reencuentro con esa energía que nos contrapone al otro, con esa pulsión que nos afirma como personas. Y en ese encuentro nos sentiríamos un poco liberados (al liberarnos de la culpa), un poco menos pesados (corporalmente).

En definitiva y de lo que en concreto intenta tratar este trabajo, *descubrir nuestra propia agresividad y su relación, su condicionamiento social, su fuerte influencia del entorno, nos hará comprender la agresividad que manifiestan los niños, que no es otra ni distinta a la nuestra. Y al comprenderla quizá entonces, la podamos aceptar, desculpabilizar, y ayudar a simbolizar y canalizar.*

Pero acerca de este último deseo “ayudar a simbolizar y canalizar la agresividad” tenemos algunas cosas que decir en el apartado siguiente.

VI- PSICOMOTRICIDAD, UN MÉTODO PARA SU ABORDAJE

¹⁴ Esta expresión no significa solo una expresión de deseo, este descubrimiento no aparece por arte de magia, conlleva una profunda observación “a distancia”, de uno mismo, objetiva, reflexión de nuestro accionar, de nuestros sentimientos, de nuestra tensión, de nuestra cólera. La vivencia corporal es la metodología con la cual podremos ser conscientes de nuestros deseos agresivos, de nuestra intención de agredir en algunos momentos, de todo lo que la reprimimos, de todo lo que la sublimamos. Cabrían dos praxis para darle forma verdaderamente útil a este trabajo. Una es la que se presentará vía vídeos de las sesiones con los niños y la otra debería ser un espacio donde se dé lugar a la vivencia corporal. Lamentablemente esta último, por lo menos en esta instancia, permanecerá ausente. Vale la intención aunque sólo obre a manera de reflexión.

*“La relación psicomotriz y psicotónica intervienen a cualquier edad, aunque pensamos que reviste una importancia particular en el niño muy pequeño, en el momento en que va a asumir su carencia del cuerpo, en el momento en que se va a ver confrontado con la ambivalencia de sus deseos fusionales y de sus deseos de identidad, en el momento en que, frente a una necesaria frustración, deberá acceder a una comunicación simbólica y mediatizada”.*¹⁵

*“La relación psicomotriz es la única relación posible antes de la aparición del lenguaje y continúa siendo un factor determinante durante los primeros años.”*¹⁶

Expresábamos al inicio de este trabajo el grado de responsabilidad, la importancia del rol del profesional de Educación Infantil, y basábamos esta importancia en tanto y en cuanto los primeros años de vida, la primera infancia es fundante para el desarrollo de la personalidad del niño. Su estructura mental, su salud mental dependerá de su vida afectiva y emocional en estos primeros años, de las relaciones que tenga, de la calidad de éstas. En muchos de los casos, dificultades o trastornos, ya sean de alimentación, sueño, atención, etc., no se deben a factores orgánicos sino más bien de índole psíquica. Encontrando éstos, íntima relación con la evolución de la vida afectiva. Las primeras comunicaciones, que recibe y tiene el bebé, no son verbales, son no verbales, son corporales, son gestuales, son tónicas, son sensoriales y quedan almacenadas en su inconsciente, como base, como matriz de aprendizaje al que hacíamos referencia anteriormente, para toda su vida relacional posterior.

El niño a medida que va creciendo, va adaptándose al mundo que va descubriendo, que va explorando, con todo lo que ese mundo contiene, objetos y sujetos. De la forma mejor o peor en que vaya adaptándose dependerá su mejor o peor mundo relacional.

Ya en un trabajo anterior acerca de “La Intervención Psicomotriz en la Educación Infantil”¹⁷ expresábamos que: “Desde bebés y hasta los dos añitos, el niño aún no habla y por tanto su campo relacional se constituye a través de su cuerpo y sus movimientos que poco a poco va conociendo, descubriendo y dominando. Es por ello que los gestos, las miradas, los tactos y los contactos, las actitudes, los sonidos son las expresiones primarias del niño y van constituyendo las comunicaciones relacionales que puede ir estableciendo. Cobrando también importancia primordial, las actitudes, las miradas, los gestos, los sonidos, los tactos y los contactos de los padres (en un primer momento de la madre) y los demás adultos que rodean de cotidiano al niño. De allí la importancia de la continuidad, de la afectividad, de la seguridad, de la estabilidad que la relación con el adulto brinde al niño desde sus primeros días de vida (y hasta antes de nacer). Estas relaciones que se expresan a nivel corporal y motor constituyen la comunicación a nivel psicomotor. Por ello entendemos a la intervención psicomotriz en el plano relacional, donde los lugares se modifican, lugares en cuanto a roles; produciéndose una desestructuración en el modo de ser pedagógico del educador, para lo cual es fundamental su implicación en la relación.”

Entendiendo la importancia que cobra la comunicación a nivel psicomotor en edades tan tempranas es que afirmamos que la Psicomotricidad es la vía, el método, el camino que ayude a crear un espacio distinto donde el niño exprese lo que es, lo que siente, lo que desee por medio de su propio cuerpo. Hablamos de una psicomotricidad que nada tiene que ver con

¹⁵ A. Lapierre, B. Aucouturier, “El cuerpo y el inconsciente en educación y terapia”

¹⁶ Idem anterior.

¹⁷ Texto extraído del trabajo mencionado, de nuestra autoría.

un enfoque tradicional, mecanicista, organicista. Nos referimos a una psicomotricidad relacional, a una psicomotricidad vivenciada.

Una psicomotricidad que va a observar, analizar, estudiar la personalidad del niño (o del adulto) a través de la expresión del cuerpo pero donde no sólo entran en íntima relación lo psíquico y lo físico sino que abarca la globalidad del sujeto, como unidad, como un todo psíquico, afectivo, social, somático, cognitivo. Y el lenguaje del cuerpo, el lenguaje no verbal es el que los psicomotricistas intentamos observar, descodificar. Y, ¿para qué? Pues, para que pueda el niño (el adulto) superar por sí mismo sus conflictos, sus angustias, sus miedos, sus ansiedades, sus frustraciones, que actúan sintomáticamente siempre con mayor o menor normalidad, con mayor o menor gravedad. En definitiva para que el niño (o el adulto) puedan vivir su cuerpo lo más armónicamente posible.

El ¿cómo hacerlo? Conlleva una formación personal constante y continua, aunque a lo que nos cerniremos en este trabajo es al planteo de las formas, la metodología, las tácticas y estrategias.

La herramienta principal nos la da el niño, no sólo en el estar, con su cuerpo y con lo que es, sino por su manera más natural y espontánea de expresión: por el juego. El juego libre y la actividad espontánea son permitidas y aceptadas socialmente (casi en toda su dimensión) en las instituciones educativas, sólo en el tiempo que se destina al recreo. Lapierre y Aucouturier al respecto de la necesidad del niño de “recrearse”, en los recreos, y de la importancia de la significación de ese juego, de esa actividad espontánea, dicen: “Es la vida largamente contenida que explota. Precisamente en esa vida, ese movimiento, lo que nos interesa y con los cuales queremos trabajar, toda vez que son la única expresión verdadera del niño”.¹⁸ Es desde ese movimiento con lo que trabajamos en sala, movimiento que relaciona al niño y nos relaciona, al mundo, movimiento de placer y de displacer, movimiento que nos hace percibir las sensaciones, movimiento que nos hace encontrar las prohibiciones, movimientos que se expresan en el plano simbólico.

En ese movimiento que nos relaciona con el otro, con los otros, con los objetos naturalmente puede darse por la agresión (que es lo que nos compete en este trabajo, no significa que la relación no se dé por otras vías). Surge una necesidad imperiosa de tirar, empujar, agarrar. Acciones que se dan en un ritmo con un ritmo acelerado, acompañados de un tono alto. Es como una relación hacia el otro por la oposición misma, con agresividad. ¿Cómo ayudamos desde el rol de psicomotricista? Pues acompañando este proceso, esta necesaria evolución con nuestra disponibilidad corporal total y brindando los materiales necesarios para mediar en las relaciones y simbolizar las agresiones. Entonces nos serviremos de cuerdas, de telas, de “palos” (de gomaespuma), de pelotas (de distintos materiales), de música, de papel, etc. “...La agresividad, incluso la violencia, no son marcadas negativamente, lo que puede significar en el niño agresivo una desculpabilización con relación a lo que siente. Además, la aceptación de los sentimientos situados en este registro autoriza al niño a sentirlos, a dejarlos emerger, y a expresarlos, si esto le es posible.”¹⁹

Queda claro que en sala no se trata de favorecer o provocar situaciones agresivas, ni mucho menos de reprimirlas. Se trata de estar allí, aceptándolas y conduciéndolas hacia

¹⁸ A. Lapierre, B. Aucouturier, “Simbología del movimiento”

¹⁹ Paulette Maudire, “Los exilios de la infancia”

investiduras simbólicas. De esta manera se descargarán las tensiones agresivas y el movimiento, las acciones posteriores a esta descarga nos harán sentir más aliviados, más ligeros, más equilibrado, el ritmo será más tranquilo, más lento, el tono más bajo, los gestos menos duros, el tiempo más nuestro, el espacio relacional más armonioso. Flotará en el aire una sensación agradable.

Cabe señalar que cada sesión de psicomotricidad tiene tres momentos, todos importantes pero si desde el primero no se exponen claramente las normas, esa permisibilidad de la que hablábamos, esa disponibilidad corporal tan necesaria, estaría constantemente en desequilibrio. Por tanto en el ritual de entrada es fundamental aclarar que: “no podemos hacer daño”, y a veces es necesario recordarlo durante el transcurso de las sesiones, y en contraposición con lo que se pueda creer, es más fácil aceptar esta prohibición, esta norma dentro de este contexto de la sala de psicomotricidad, que fuera de él; porque hubo un acuerdo previo, un compromiso previo que el niño acepta cumplir desde el momento que el ambiente que se vive en sala es especial, peculiar, es totalmente distinto al resto de la escuela infantil o al de su vida diaria. Y si bien es cierto, que en un tercer momento de la sesión, en el ritual de salida, se otorgue más lugar a la palabra, así como a otros modos de expresión del niño, como la pintura, el dibujo, el modelaje, se debe tener presente que el lenguaje que prima en sala es el corporal, el no verbal. Por tanto el psicomotricista acompañará al niño, le sugerirá, le “dirá” por la mirada, los gestos, las posturas, el tono. No significa esto, que el psicomotricista no hable en sala o no permita la palabra, significa que la base de la comunicación no tiene que ver con las palabras, significa que la base de la comunicación es el lenguaje del cuerpo.

En un primer momento la agresividad que el niño no pueda manifestar sobre el adulto, se desviará hacia sus pares y generalmente sobre los más “débiles”, pudiendo así los mismos niños, sin la intervención “paternalista”, “protectora” del adulto, aprender a defenderse y a autoafirmarse. Sí es conveniente y necesaria la intervención en caso de riesgo a hacerse daño, por ejemplo en una lucha cuerpo a cuerpo, donde preferiblemente convendrá desviar la agresión con diversos mediadores: objetos, palabras,... Pronto, dependiendo de la actitud de este adulto en sala, de su disponibilidad corporal, de su no enjuiciamiento de la acción, la agresividad del niño se expresará sobre el psicomotricista (por lo que representa como adulto, la ley, la autoridad). Los juegos simbólicos irán desde la tortura, el maltrato, hasta la lucha. Es decir que el niño deseará atar, pegar, maltratar, ahogar, a ese adulto (volvemos a aclarar, no por ese adulto en sí, sino por lo que ese adulto representa). Todo ello en el plano simbólico. En un juego de “hacer como si”.

Teniendo en claro las fases de la agresividad podremos comprenderla cuando aflore en sala. Y entender que su destrucción o su represión no permitiría la afirmación del niño como persona, ni el encuentro con su identidad, el permitirle es fundamental para ayudar a su canalización. Por tanto la oposición del niño al otro, al adulto, a los objetos, las resistencias que encuentre en todos ellos, las limitaciones a su deseo de acción sobre ellos, le conducirá a tener que aceptar la frustración de que su deseo de dominar ese mundo relacional de sujetos y objetos que descubre y con los que interactúa día a día, tiene límites, limitan su poder. Su espacio de poder. En cuanto invade, agrede el espacio del otro. Este aprendizaje le conducirá al respeto del otro; a descubrir los límites de su libertad y todo a partir de la natural oposición al otro.

Los límites de la libertad, los límites de nuestro dominio, de nuestro poder, con relación al otro, son el inicio de la adaptación al mundo, el encauzamiento de nuestra

agresividad. “El niño, liberado de su agresividad primaria, que ha podido al fin expresar, y liberado de su agresividad secundaria, reaccional, por la aceptación del adulto, está ya disponible para la búsqueda del acuerdo.”²⁰

Todo lo planteado, puede resultar utópico para unos, difícil para otros, imposible para muchos. Tenemos que comenzar con nosotros mismos, con el análisis y la observación de nuestra propia agresividad. Para poder luego actuar ante la agresividad del niño, lo más adecuadamente posible. Como profesionales de la Educación infantil, hay un sentimiento que es necesario que reconozcamos ya que suele primar en estas situaciones. Un niño agresivo, un niño que constantemente con su agresividad entorpece un momento cualquiera, el relato de un cuento, una canción, una actividad manual, cualquier momento, agrediendo de cualquier manera, más bruscamente o menos bruscamente, pero que es repetitivo, que es continuo, que es constante, ¿qué despierta en nosotros?, ¿qué provoca?, lamentablemente, y en la mayoría de los casos a los maestros estos niños no nos hacen mucha gracia y acaban finalmente con nuestra paciencia. El sentimiento al que hacemos referencia es el de hostilidad. Una hostilidad de la cual es necesario tomar distancia para objetivizar la situación, encontrando en la búsqueda de la historia de ese niño los posibles orígenes de ese comportamiento agresivo. Quizá y seguramente nos lleguen datos acerca de las relaciones que conformaron su vida afectiva desde su nacimiento y comprobaremos que en ellas radica la carencia, las presiones, las frustraciones, que hoy exprese violentamente, explosivamente, agresivamente, constantemente.

NECESIDAD DE CANALIZAR ESTA PULSION

“Las tensiones agresivas se resolverán entonces en un juego que irá haciéndose cada vez más simbólico y adquirirá progresivamente una independencia que no es ya insumisión ciega ni oposición sistemática, sino aceptación razonada, búsqueda de un compromiso y si es posible de una armonización entre sus propios deseos y los deseos del otro”

A. y A. Lapierre²¹

Por lo arriba expuesto, en sala debemos permitir las manifestaciones de esa agresividad, para que no quede bloqueada. “El psicomotricista permite, pues, que la agresión se manifieste porque es capaz de manipularla y porque sabe que su expulsión es indispensable para la descarga de las tensiones y para llegar a un estado de distensión que haga posible la creación y la comunicación.”²² Aucouturier. La practica psicomotriz en ed y terapia

Saber canalizar estas agresiones, poder desviarla hacia investimentos socialmente aceptados no es fácil pero es tarea del psicomotricista, Y esas desviaciones necesariamente deben realizarse hacia el juego y la comunicación.

En “La práctica psicomotriz en educación y Terapia”, Bernard Aucouturier plantea la canalización de la oclusión agresiva a través del área del juego, de los soportes simbólicos, de las producciones sonoras y de las producciones gráficas.

²⁰ A. Lapierre, B. Aucouturier, “Simbología del movimiento”

²¹ A. y A. Lapierre, “El adulto frente al niño de 0 a 3 años”

²² B. Aucouturier “La práctica psicomotriz en reeducación y terapia”

Desdramatizando las conductas agresivas, dejándolas fluir, no oponiéndose a ellas sino transformándolas, llevándolas a un plano lúdico, daremos otra salida a esas reacciones, sin destruirlas, ni reprimirlas, ni prohibirlas.

Teatralizando, en una línea de juego simbólico mediante la representación corporal, podremos ser “el malo”, “el lobo”, “la bruja”, podremos serlo en tanto nuestro tono, nuestra gesticulación, nuestra voz, nuestra postura, simbolice lo que creemos necesita el niño, por donde creemos que pasan sus fantasmas.

Por medio del juego simbólico no solo desdramatizamos las tensiones, sino que las liberamos pudiendo así superar el conflicto, la angustia y la ansiedad.

En cuanto a la agresión hacia el psicomotricista ya sea con las palabras o con la acción, mediada con objetos o no, el niño atacará, atará, empujará, cogerá, tirará al adulto. Posiblemente lo matará. Y por lo general será con las palabras con lo que lo expresará más duramente. La muerte simbólica del psicomotricista conducirá al niño al plano simbólico y a la comunicación. Lo que en su imaginario ha matado, ha silenciado, ha dominado es el símbolo de autoridad y poder que representa ese adulto. Pero para afirmar positivamente su propio poder, el niño necesitará cambiar las cosas, necesitará resucitar al adulto, para imponerle su deseo, para independizarse de él. Habrá un cambio de roles. Entonces el adulto ya no será una amenaza, el “león” que devorando al niño lo hace objeto de su deseo sino que se transformará en cualquier otro animal que obedecerá los deseos del niño, al que éste dominará, domesticará, o al que este cuidará o mimará. Pasando el niño así, a ser sujeto deseante. “A partir del momento en que el niño es capaz de identificarse con su agresor y, aún más, es capaz de jugar a ser su agresor, el fantasma obsesivo de la destrucción se aleja y el niño recupera la comunicación”.²³

VII- PRAXIS

Escribir sobre una praxis en sí, resulta un tanto paradójico. Por ello adjuntamos a este trabajo sesiones de vídeo de cómo la práctica psicomotriz se lleva adelante. Las sesiones de psicomotricidad se realizaron en un Centro de Educación Infantil (0-3 años), de Madrid. Las edades de los niños con los que se trabajó son de los 16 meses a los 2 años y de los 2 años a los 3 años. El Centro es privado, acudiendo al mismo hijos de padres en su mayoría profesionales con un nivel de estudios universitarios. No queremos extendernos en el análisis de la contextualización del Centro, dejamos que cada uno a partir de lo que expresábamos en el primer apartado respecto a los modelos socio-culturales, concluya por sí mismo.

Pero como cuestión preliminar a la presentación de las sesiones aclaramos que para permitir las producciones agresivas es necesario plantear ciertas condiciones que limiten las descargas de esta pulsión. Por tanto para el desarrollo de nuestras sesiones de psicomotricidad nos hemos propuesto por un lado, crear un clima segurizante que haga fluir la comunicación desde la confianza hacia un vínculo afectivo. Por otro, proporcionar distintos materiales que ayuden a simbolizar la agresión. Y por último señalar claramente la norma de que en sala no hacemos daño a nadie, como ritual de entrada para cada sesión.

²³ Idem anterior

A continuación citaremos algunos materiales que propusimos para el desarrollo de las sesiones, que consideramos serían favorecedores de la evolución de las conductas agresivas. En algunas sesiones estos materiales, actúan como objetos mediadores y se usan como “transmisores de tensiones”:

La música: Para ayudar a liberar el movimiento, para desbloquear, para distender. Para relajar pero sin ser una música del todo suave, que sea una melodía que marque ritmos importantes, que permitan la expresividad creadora del niño una vez liberadas sus tensiones.

Palos: (de cartón y gomaespuma) Con ellos instintivamente surge la agresividad. Pegar, golpear contra objetos, contra los demás, pelear con ellos, es una acción natural que se debe transformar al plano simbólico.

Las cuerdas: Para la afirmación del poder. Con ellas dominan al otro. Le atan, lo rodean, o le castigan con ellas. Asimismo, y aunque resulte contradictorio, unen, porque conectan con el otro. También miden su fuerza a través de ellas (tensión-distensión).

Pelotas: Generalmente las utilizamos para la relación, para favorecerla, para conectarnos con el otro. Invierten un espacio al que quizá no todos se atreven a ocupar (sobre todo al principio). Suelen ser buenos objetos mediadores, las de gran tamaño actúan como sustituto del objeto transicional. Valen tanto para fases agresivas: peleas por la posesión de un balón, golpes al otro con el balón, botes fuertes sobre el suelo, contra la pared (creando ritmos invistiendo así el espacio sonoro), guerras con balones (a veces nos los hacemos de papel, cubierto con nylon); como en momentos de carácter más relajante, más tranquilos, de búsqueda profunda y afectiva. El movimiento del balón y su dinamismo ayuda a la comunicación aunque previamente se utilice agresivamente.

Papel: El placer que encuentra el niño en la destrucción de éste, es enorme. Transgrede lo prohibido con esta acción. Domina el deseo del adulto, que constantemente enuncia, fuera de sala, “no rompas el papel”, “no arrugues la hoja”...). Hace bollos, rompe en mil trocitos, esparce y tira por todo el espacio, se cubre con ellos, los utiliza como pelota, construye montañas, colchonetas de papel,... El ruido que se genera con el arrugar del papel, con el romperlo, da lugar a la alegría pero no deja de ser un placer de matices agresivos. En el juego festivo que aflora poco a poco se satisface la agresividad, la excitación se va agotando.

Telas: Los juegos que surgen a partir de ellas tienen una carga simbólica muy fuerte y de diversas índole. En cuanto a agresividad respecta, pueden con ellas tapar al otro, haciéndole desaparecer, matándole, ahogándole, mostrándole su rechazo, su oposición o su placer de dominarlo.

Objetos de percusión o sonoros: Materiales que sirven para hacer ruido. Que primero irá invistiendo el espacio sonoro a través de la realización de sonidos mediante “instrumentos” y luego creación de ritmos. Aunque la finalización por la liberación del sonido prohibido socialmente, el de la expresión vocal, el grito. Pasada la fase de caos que genera este ruido tan prohibido, habiendo liberado las cargas agresivas con su expresión, se podrá ir creando (grupalmente o acompañando a otros, o imitando) ritmos que irán de lo fuerte a lo suave, lo débil, de lo rápido a lo lento,... en un juego de tensión y distensión que abre el camino a la expresión musical a la vez que libera las pulsiones agresivas.

En síntesis, quedan reflejado los materiales más utilizados para el trabajo en las sesiones que exponemos. Algunos los hemos obviado como los cojines, las colchonetas, moquetas,... pero la intención era simplemente dar una breve explicación del uso que se puede hacer del material utilizado en sala.

VIII- CONCLUSIONES

-Con la práctica psicomotriz en los Centros de Educación Infantil, y fundamentalmente, de 0 a 3 años, se favorecerá la vivencia de esta etapa base en la evolutiva del niño. Pudiendo entonces, mediante su actividad y juego espontáneos, expresar con su cuerpo sus angustias, miedos, deseos agresivos, etc.; y con su liberación, simbolización y canalización, superarlos para ir adquiriendo la autonomía necesaria en su desarrollo, para que éste sea lo más armonioso posible, y para abrirse a la comunicación y a la creación.

-Agresividad y tensiones cotidianas están íntimamente unidas. El ritmo social de hoy impone un ritmo acelerado de nuestras vidas, con el consecuente incremento del grado de tensión individual y particular. En un medio agresivo, que no respeta los tiempos de cada uno, que reprime los deseos de los sujetos que lo componen, con adultos agresivos, sólo podrá haber niños agresivos que a su vez están agredidos por todo ese entorno.

BIBLIOGRAFÍA

- AUCOUTURIER, B., DARRAULT, I., EMPINET, J.L.: “La práctica psicomotriz. Reeducción y Terapia” Ed. Científico médica-Barcelona 1985
- CHOKLER, M.H.: ”Los Organizadores del Desarrollo Psicomotor” Ediciones cinco. Buenos Aires 1994
- DOLTO, F.: “¿Niños agresivos o niños agredidos? Ed. Paidós. Barcelona 1989
- GALEANO, E.: “Nosotros decimos no” Ed. Siglo XXI. Buenos Aires 1989
- GOLSE, B.: “El desarrollo afectivo e intelectual del niño” Ed. Masson. Barcelona 1987
- LAPIERRE, A.: “Psicoanálisis y análisis corporal de la relación” Ed. Desclée. Bilbao 1997
- LAPIERRE, A. y A.: “El adulto frente al niño de 0 a 3 años” Ed. CIE-DOSSAT 2000. Madrid 1997
- LAPIERRE, A., AUCOUTURIER, B.: “Simbología del movimiento” Ed. Científico Médica. Barcelona 1985
- “El cuerpo y el inconsciente en educación y terapia” Ed. Científico Médica. Barcelona 1980
- MAUDIRE, P.: “Los exilios de la infancia” Ed. Paidotribo. Barcelona 1988

- PICHON-RIVIÈRE, E.: “Teoría del vínculo” Ediciones Nueva visión. Buenos Aires 1985
- QUIROGA, A. DE.: “Matrices de Aprendizaje. Constitución del sujeto en el proceso de conocimiento” Ediciones Cinco. Buenos Aires 1994
- RICHARD, J., RUBIO, L.: “Terapia Psicomotriz” Ed. Masson

AMEI

<http://www.waece.com>

info@waece.com